

El cielo se oscurece. Una tormenta se acerca

FERALS



ENJAMBRE

JACOB GREY

DESTINO

LA ISLA DEL TIEMPO



FERALS
ENJAMBRE

The title 'FERALS' is rendered in a large, bold, black, sans-serif font. The letters are filled with a dense, stippled texture. Various animal silhouettes are integrated into the design: a snake is coiled around the top left of the 'F'; two birds are shown in flight, one above the 'A' and one above the 'S'; a small bird is perched on the 'E'; and a spider is positioned below the 'R'. The word 'ENJAMBRE' is written in a smaller, bold, black, sans-serif font directly beneath 'FERALS'. A thin vertical line extends from the bottom of the 'E' in 'ENJAMBRE' down to a silhouette of a spider.

JACOB GREY

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2016
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Ferals. The Swarm Descends*
© de la traducción, Dante Ortiz López, 2016
© del texto, Working Partners Ltd 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2016
ISBN: 978-84-08-15523-2
Depósito legal: B. 7.658-2016
Impreso en España – *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.



Capítulo 1

«Aquí debe de haber fantasmas», pensó Caw. Quizá no del tipo que deambula por habitaciones vacías, golpeando puertas y aullando, sino espíritus tristes. La tristeza se quedó aquí, silenciosa y olvidada por la memoria de los vivos.

Consultó el reloj que Crumb le había dado. Dos de la madrugada.

«Es una mala idea», dijo Glum. Estaba posado en una rama tres metros más arriba, con el pico descansando sobre el espeso plumaje de su pecho. «Soy más viejo que tú. ¿Por qué nadie escucha nunca la voz de la experiencia?»

—Te he oído —dijo Caw—. Solo que he decidido ignorarte.

Intentó sonar confiado, pero tenía la boca seca. Se agachó temblando entre los arbustos. La casa frente a él estaba abandonada, sus paredes resquebrajadas y cubiertas de grafitis. Contó dos ventanas intactas, mientras que el resto estaban

rotas o tapiadas. Las plantas del jardín delantero habían crecido tanto que no se distinguía el camino a la puerta. Un árbol y sus ramas, arrancado por el viento durante una tormenta, habían aplastado una parte del techo; ahora parecía que se extendían dentro del edificio.

«Hogar, dulce hogar», murmuró Screech, saltando nerviosamente sobre el hombro de Caw. Las garras del joven cuervo picaban la piel de Caw, incluso a través del cuero de su chaqueta.

«¿Hogar?», pensó Caw. No se sentía así. De ningún modo.

Buscó en sus recuerdos, pero no pudo encontrar este lugar entre ellos. Tenía cinco años cuando los cuervos se lo llevaron, y nada del edificio frente a él le era familiar, excepto la inquietante sensación de temor que se filtraba de sus sueños.

«No es demasiado tarde para volver a la iglesia, Caw», dijo Glum. «Crumb estaba preparando tortitas dulces, ¿no? Además, ¿cómo podemos saber siquiera si este es el lugar correcto?»

—Solo lo sé —dijo Caw, sintiendo una fría certeza en el estómago.

Un crujido de alas batiéndose sonó a su espalda y un tercer cuervo se posó en el suelo. Enjuta y elegante, clavó un delgado pico dentro de la tierra y levantó un gusano que se arqueaba. La lodosa criatura se retorció y enroscaaba mientras la cuervo echaba hacia atrás la cabeza y la engullía.

«¡Hey, Shimmer!», saludó Screech, hinchando el pecho.

«No hay moros en la costa», dijo la cuervo, mientras terrones de tierra caían de su pico. «¿Qué estáis esperando?»

«A que este joven recupere el juicio», dijo Glum. «Y deje el pasado en paz.»

«No seas aguafiestas», dijo Shimmer, estirando sus alas. Brillaban azules y rojas como el aceite derramado sobre el asfalto mojado. «Me costó cuatro semanas encontrar este lugar. Si Caw no se va, yo tampoco.»

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera aquí? —se quejó Caw. Por primera vez, los cuervos dejaron de pelear. Era un hecho poco habitual desde que Shimmer se había unido al grupo. Los cuervos eran tercos. Les gustaba discutir y, aún más, tener la última palabra. Todos excepto Milky, el cuervo blanco con el que Caw creció. Durante todos sus años en el nido había pronunciado menos de veinte palabras. Caw deseaba que el viejo cuervo aún estuviera con ellos.

Se puso de pie, estirando la espalda y lanzando una mirada hacia atrás a lo largo de la calle. Los edificios de esta parte de la ciudad no estaban habitados: las familias tuvieron que mudarse cuando el trabajo escaseó después del Verano Oscuro, la guerra secreta entre ferals que estalló hace ocho años. Un patín roto y oxidado yacía en una cuneta llena de hojas, y debajo de un árbol, en un jardín delantero, colgaba un columpio torcido, con sus cuerdas deshilachadas.

Se preguntó por un instante cómo habría sido crecer aquí. ¿Habría jugado con otros niños de estas casas abando-

nadas? Era difícil imaginar sonidos de risas en un lugar tan lúgubre y con un silencio tan absoluto.

Caw comenzó a andar hacia la casa con el corazón desbochado. La puerta principal había sido clausurada con tablas, pero podía trepar y entrar por una ventana con bastante facilidad.

«Todavía puedes dar marcha atrás», dijo Glum, mientras permanecía posado obstinadamente en su rama.

Para Glum era fácil decirlo. La casa no significaba nada para él, pero para Caw lo era todo. Durante muchos años, su pasado fue un espacio en blanco, un mar abierto sin mapas que lo guiasen. Este lugar era un punto de referencia, y no podía ignorarlo por más tiempo. ¿Quién sabía lo que podría encontrar dentro?

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una foto arrugada, una foto de sus padres, de tiempos más felices. Crumb se la había dado. El feral paloma no había querido acompañar a Caw esa noche, quejándose de que era «una pérdida de tiempo». Caw pasó el pulgar sobre los rostros de sus padres. Se veían casi exactamente igual que cuando los encontró en la Tierra de los Muertos. Solo había conseguido compartir unos breves y preciosos momentos con ellos, y eso había dejado su corazón dolorido. ¿Qué mejor lugar para obtener información sobre ellos que aquel?

Gracias a ellos no se había rendido.

Al poner una mano sobre una de las tablas que bloqueaban la puerta, se dio cuenta de que estaba suelta. Tomó el

borde con firmeza y tiró de él, liberándolo fácilmente, a pesar de los clavos oxidados. Las otras tablas no representaron mayor obstáculo, y pronto había despejado el camino.

Sintió a los cuervos detrás de él y se volvió. Efectivamente, los tres estaban posados en el suelo.

—Dejadme ir solo —les dijo.

Shimmer asintió y Screech saltó hacia atrás unos pasos. Glum miró a otra parte con una dramática sacudida de cabeza.

Había un interruptor de luz en el interior, pero Caw no se sorprendió de que nada sucediera al presionarlo. El aire era frío y húmedo. En la penumbra distinguió muebles volcados, y los cuadros que colgaban de las paredes estaban torcidos. Una gran escalera partía del vestíbulo hasta un descansillo y luego llegaba, dividida en dos, al primer piso. Creyó ver algo moverse: una rata, o un pájaro tal vez, pero cuando volvió a mirar no había nada.

Experimentó un vago sentido de pertenencia. Pequeñas cosas le parecían familiares: la pantalla de una lámpara, la perilla de la puerta, una cortina hecha jirones. O tal vez era solo su mente gastándole bromas, esperando ver algo significativo entre los escombros de una vida abandonada.

A través de un arco divisó un sofá hundido y cables que salían de una toma de corriente; mientras caminaba hacia allí, se encontró con una mesa de comedor.

Una oleada de miedo convirtió sus pies en plomo. Conocía esta habitación de sus pesadillas. Era aquí donde había ocurrido: al lado de esa misma mesa sus padres habían sido

asesinados por las arañas del Tejedor. La mesa estaba cubierta de polvo ahora, y Caw no se atrevió a acercarse más.

En vez de eso, se dirigió hacia las escaleras. Estas crujieron mientras subía. Con cada paso, una persistente nostalgia crecía en su estómago. En el rellano del primer piso, sus pies lo llevaron automáticamente hacia una puerta con un pequeño letrero en forma de tren. Las palabras pintadas en él las reconoció gracias a las lecciones de Crumb: « Habitación de Jack ».

Jack Carmichael.

Alguna vez, ese había sido su nombre.

Caw respiró hondo y abrió la puerta.

En la pared opuesta, sus ojos se posaron en la ventana y sus rodillas comenzaron a temblar. Los recuerdos de sus sueños se cristalizaron en un sentimiento de terror puro. Caw sujetó el marco de la puerta para mantener el equilibrio.

Recordó las manos firmes de sus padres mientras lo sacaban de la cama y lo arrastraban hacia la ventana. Los dedos lo apretaban tanto que le producían dolor, y no parecían oír los gritos de pánico que daba. Su padre había abierto la ventana, y su madre lo había empujado afuera. Caw cerró los ojos, vio cómo el suelo giraba debajo de él, sintió el terror mientras caía...

Respiró hondo al tiempo que la fuerza de los recuerdos se desvanecía.

Durante años, ese había sido su único recuerdo de ellos, exacerbado en su mente. Su abandono despiadado. Ahora sabía que no era la historia completa. Era solo una línea

en un cuento que había comenzado siglos atrás, con una historia de ferals en guerra. Sus padres no habían tratado de matarlo: lo habían protegido, enviándolo lo más lejos posible del Tejedor.

Caw abrió los ojos y miró más allá de la ventana. Estaba temblando.

El resto de la habitación estaba prácticamente vacío. Un par de estanterías contenían restos de papel, y bultos de ropa vieja yacían arrumbados en un rincón. Caw no esperaba que la habitación estuviera en orden, como en un museo, pero, aun así, sintió un arrebató de ira. Alguien se había llevado todas sus cosas.

La ira desapareció tan rápido como había llegado, dejando únicamente un dolor entumecido. Por supuesto, la casa había sido saqueada. Un montón de pequeños delincuentes se habían aprovechado del caos producido por el Verano Oscuro. Caw supuso que una casa tan agradable como aquella habría resultado un blanco fácil.

Dejó que sus pies lo llevaran a través de la alfombra cubierta de mofo hacia la ventana. El vidrio estaba roto; lo frotó con el puño de su chaqueta de cuero para poder ver. Afuera, la noche era tranquila, las estrellas brillaban en un cielo despejado y la luna resplandecía suavemente.

Caw suspiró. Crumb tenía razón: no tenía sentido haber venido. El pasado estaba muerto.

Entonces, por debajo de los árboles, vio algo. Un rostro pálido se materializaba al lado de un tronco, desde la oscuridad.

El corazón de Caw se sobresaltó. La cara no se movió en absoluto, solo lo miró. Era un hombre viejo, con la piel tan blanca que podría haber estado maquillado como un payaso. Sus rasgos parecían pálidos también: labios exangües, pequeña nariz aplastada y grandes ojos que no pestañeaban. En la cabeza llevaba un insignificante sombrero redondo.

¿Quién era él? Y ¿qué estaba haciendo allí, en el jardín de Caw?

Caw sujetó el marco de la ventana. Trató de levantarla para llamar al hombre, pero esta no se movió. Lo intentó otra vez y produjo un crujido chirriante. Estaba a punto de abrir la boca cuando oyó a su espalda una respiración llena de pánico.

—¿Quién eres? —preguntó una voz.

Caw se dio la vuelta y vio agitarse el montón de ropa que estaba en el rincón. Había una chica tendida allí, envuelta en un saco de dormir. Era delgada, con el pelo oscuro y enmarañado, el cual enmarcaba su sucio rostro, y aparentaba uno o dos años más que él. Había estado tan seguro de que estaba solo...

Caw dio un paso atrás y chocó contra la ventana. Los músculos de sus piernas querían correr, pero el miedo lo paralizó. Encontró su voz:

—Yo...

¿Qué se suponía que iba a decir? ¿Por dónde empezar? Los ojos de ella eran desafiantes, pero estaba asustada también, y su temor cedió ligeramente. Caw levantó las manos para demostrar que no era una amenaza.

—Esta es mi casa —dijo—. ¿Quién eres?

La chica se puso de pie, agitando el saco de dormir. Cogió un bate de béisbol que tenía al lado y sus nudillos se pusieron blancos al apretarlo.

—¿Esta es tu casa? —preguntó ella.

Caw recordó al hombre de afuera y echó un rápido vistazo atrás. Pero la cara junto al árbol había desaparecido. Los cuervos estaban en un sitio donde no podían ser vistos.

—Eh... sí —respondió.

—Entonces, si esta es tu casa, ¿por qué no vives aquí? —dijo la chica, señalándolo con el bate. Parecía que no dudaría en usarlo.

Caw mantuvo la distancia.

—No he vivido aquí desde hace mucho tiempo —dijo. Buscó una explicación mejor, pero no se le ocurría qué decir.

La niña levantó el bate de nuevo. Parecía lista para abalanzarse si él decía algo incorrecto.

—Mis padres... me echaron —añadió. Era relativamente cierto.

La chica pareció relajarse al oír aquello. Bajó un poco el bate.

—Únete al club —dijo.

—¿Qué club? —preguntó Caw.

La chica frunció el ceño.

—Es un decir —dijo ella—. Significa que estamos en el mismo barco.

Caw estaba confundido.

—Esta es una casa, no un barco —dijo.

No estaba seguro del porqué, pero la chica se rio.

—¿De qué planeta vienes? —dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—De este —dijo Caw. Ella se estaba burlando de él; se daba cuenta. Pero al menos eso era mejor a que tratara de apalearlo con un bate—. ¿Estás sola? —preguntó.

La muchacha asintió.

—Supongo que... Técnicamente me escapé. He estado aquí un par de semanas. Por cierto, mi nombre es Selina.

—Caw —dijo él.

—¿Es la abreviatura de algo?

—En realidad, no —respondió.

—Sabía que había casas vacías por aquí —dijo Selina. Agitó el bate, señalando la habitación—. Esta parecía la mejor en esta fea manzana.

—Gracias —dijo Caw—. Este solía ser mi dormitorio.

La niña sonrió.

—Está muy bien. Los excrementos de las ratas lo hacen acogedor.

Caw no pudo evitar reírse. Le había costado tiempo, pero, poco a poco, con la ayuda de Pip y Crumb, estaba aprendiendo a hablar con las personas.

—Son las cortinas carbonizadas las que lo hacen familiar para mí.

Selina colocó el bate de béisbol contra la pared.

—Mira, puedo irme si quieres.

Caw guardó silencio. Sentía algo extraño en la boca del

estómago. Nadie le había preguntado nunca lo que quería, así que no tenía idea. Miró sus ropas harapientas y su cara delgada. Si la echara, ¿adónde iría? Supuso que había otras casas que podría ocupar. Pero acababa de conocerla y parecía una buena persona, si omitía el hecho de que tenía un bate de béisbol.

La chica recogió del suelo el saco de dormir.

—No hay necesidad de que te vayas —dijo él rápidamente—. No me voy a quedar. No tengo nada más que hacer aquí.

Ella hizo una pausa.

—Oh. ¿Vives en otro lugar ahora? —preguntó.

Caw captó un destello de desesperación en sus ojos. Pensó en la iglesia de San Francisco, donde vivía con Crumb y Pip. Rompió el contacto visual.

—Algo así —dijo.

Selina esbozó una sonrisa irónica.

—Está bien, lo entiendo. Puedo cuidarme yo sola.

Caw escrutaba su rostro y se preguntaba si estaba fingiendo ser fuerte. Él tenía un colchón en la iglesia, el calor de un hogar y comida. Algo un millón de veces mejor que esto. ¿Podría llevarla allí? Había un montón de espacio. Su corazón lo instaba a decir algo, pero su mente se oponía. Sabía que a Crumb no le gustaría que se presentara allí con una extraña. Además, ¿cómo podrían mantener sus poderes en secreto?

No: era demasiado arriesgado.

—No es eso —dijo él—. No es mi lugar; eso es todo.

Ella asintió con la cabeza.

—No te preocupes.

Se sentía mal. Debía de hacer mucho frío en la noche. Y ¿cómo comería sin ningún cuervo para ayudarla?

—Escucha —dijo él—. Pareces hambrienta. Podría volver y traerte algo de comida si quieres.

La chica se sonrojó, pero levantó la barbilla.

—No necesito tu ayuda —respondió.

—No, por supuesto que no —dijo Caw—. Yo solo... Conozco lugares donde conseguir comida; eso es todo. En la ciudad.

—Yo también —dijo ella a la defensiva—. No tengo hambre, ¿de acuerdo?

Se hizo un silencio incómodo. No había querido ofenderla.

—Te diré algo —dijo ella al fin—. ¿Qué tal si compartimos información? Te mostraré adónde voy, y tú puedes hacer lo mismo. ¿Dos fugitivos ayudándose el uno al otro?

Caw parpadeó. No esperaba una oferta semejante.

—¿Qué...? ¿Juntos?

—¿Por qué no? —dijo Selina—. ¿Qué tal mañana? A las diez.

Caw se encontró asintiendo sin siquiera pensarlo.

El trino suave de Screech sonó afuera. «Deben de estar preocupados por mí». Caw no quería que entraran y asustaran a Selina.

—Me tengo que ir —dijo.

Ella lo miraba atentamente, con la frente arrugada.

—Está bien —dijo—. Adiós, Caw; nos vemos mañana. Protegeré hasta entonces los objetos de valor de tus padres.

—¿Objetos de valor? —preguntó Caw. ¿Había encontrado algo en la casa?

Ella sonrió de nuevo.

—Estoy bromeando —dijo.

—Oh, sí —dijo él, sonrojándose—. Entiendo. Adiós, entonces.

Salió de la habitación, le ardía la piel intensamente. Pero, cuando hubo descendido las escaleras, su pecho se sentía ligero. Había pasado tanto tiempo desde que había hablado con una persona normal... Y, fuera de algunas equivocaciones, no le había ido tan mal. Se preguntó si debía comentarle a Crumb sobre la chica. El feral paloma no tenía tiempo para quienes no eran ferals.

Se detuvo en la sala de estar. Todo tipo de preguntas se le ocurrían ahora. ¿De dónde había escapado, y por qué? ¿Cuánto tiempo había estado aquí, y cómo había sobrevivido?

Ya habría tiempo de sobra para preguntarle.

«¿Encontraste algo?», dijo Shimmer cuando llegó a la puerta, y saltó a un lado.

—En realidad no —mintió Caw—. Vamos a casa.

«¿Nada de nada?», preguntó Shimmer, ladeando la cabeza.

—Está en ruinas —dijo Caw—. Debí de haber escuchado a Glum.

«Te lo dije», afirmó Glum.

Caw quería hablarles de Selina, pero ellos solo se opondrían, tal como habían hecho con Lydia. Además, durante toda su vida, los cuervos le habían ocultado secretos. Resultaba extrañamente satisfactorio tener uno para sí mismo, incluso si era uno pequeño.

Acababan de llegar al final del camino cuando una silueta se paró delante de ellos.

Un pánico helado se apoderó de Caw. Se quedó sin aliento, y los cuervos se elevaron en el aire lanzando gritos salvajes. Retrocedió, tropezó y cayó sobre su trasero. Cada fibra de sus músculos quería correr, pero se sentía completamente incapaz de moverse.

El hombre inclinó su cabeza hacia delante.

—¿Jack Carmichael? —preguntó. Su voz era apremiante y tenía un ligero ceceo. Caw notó con un gesto de repulsión que los dientes del hombre eran fragmentos afilados de esmalte que sobresalían de sus encías.

«¿Lo conoces?», inquirió Screech.

Caw logró sacudir la cabeza. Se trataba de la misma persona que había visto desde la ventana de su dormitorio. Llevaba un largo abrigo negro, y su rostro era delgado como el de un esqueleto, con huecos oscuros debajo de los pómulos. Los ojos iban cubiertos por unas pequeñas gafas oscuras. Tenía la piel casi blanca y la parte de su cabeza que podía ver Caw era lampiña. Ni siquiera tenía cejas.

Shimmer saltó a una rama arriba del hombre y dejó escapar un grito áspero.

—No quiero hacerte daño —dijo el hombre, lanzando rá-

pidas miradas a los lados—. ¿Eso quiere decir que eres Jack Carmichael? ¿El feral cuervo?

—¿Quién es usted? —preguntó Caw, levantándose—. ¿Por qué me espía?

La figura pálida buscó en su abrigo y Caw se erizó. Vio que Glum extendió sus alas, listo para lanzarse en picado. Pero lo que el hombre sacó no era un arma. Era una piedra, de aproximadamente la mitad del puño de Caw; su color era negro, de un reluciente negro azabache.

—Esto es de Elizabeth —dijo el desconocido, sosteniéndola frente a él—. De Elizabeth Carmichael.

Caw sintió que las palabras tiraban de su corazón.

—¿Mi madre? ¿La conocía?

—Tal vez —dijo el hombre. Dudó—. Supongo que sí. Alguna vez.

Su boca se torció como el fantasma de una sonrisa que desapareció con la misma rapidez.

—Por supuesto, ahora estoy más cerca de ella que nunca —continuó.

«Eh... ¿Qué significa eso?», preguntó Shimmer.

Caw se quedó mirando la piedra posada en la mano del hombre. Mientras más la miraba, más difícil le resultaba centrarse en ella. No era completamente negra: en sus profundidades, remolinos de color parecían moverse y desdibujarse. Caw retrocedió, y el hombre avanzó, empujando la piedra hacia él.

—Te pertenece, jovencito. Al feral cuervo. Tómala. *Tómala.*

«Podría ser una trampa», dijo Screech.

Caw podía percibir la desesperación en las palabras del desconocido, pero de alguna manera estaba seguro de que era verdad. La piedra era suya. Lo sabía en lo profundo de su alma. Extendió una mano y el hombre dejó caer la piedra en su palma. Era más ligera de lo que Caw había esperado, y extrañamente cálida.

—¿Qué es? —preguntó Caw.

En lugar de responder, el hombre hizo un gesto con la cara pálida hacia arriba y retrocedió en la oscuridad.

—Debo irme —dijo—. No quiero tener nada que ver con eso, feral cuervo. La responsabilidad es solo tuya.

Caw se volvió y vio el ala de una paloma al otro lado de una ventana, en la parte trasera de la casa de sus padres. Una de las aves de Crumb. Voló como una sombra gris.

Cerró el puño alrededor de la piedra. Era vagamente consciente del ruido que hacían los cuervos, pero estaba demasiado concentrado en la extraña sensación de los latidos de la piedra en la palma de su mano. Tal vez era solo el pulso de su sangre.

Cuando Caw buscó al extraño de nuevo, este se había ido. Screech se posó en su hombro y le dio un ligero pellizco en la oreja con el pico.

—¡Ay! —gritó Caw—. ¿Por qué lo has hecho?

Deslizó la piedra en el bolsillo.

«Porque no estabas escuchando», dijo Screech. «¿Estás bien?»

Caw asintió lentamente.

—Regresemos a la iglesia. Y... no le diremos esto nadie, ¿de acuerdo?

Screech se rio entre dientes.

«¿A quién se lo vamos a decir? Nadie más entiende cuervo, ¿o sí?»

—Muy gracioso —dijo Caw.